PENÍNSULA ATALAYA

Joan Tapia

¿España sin Cataluña?

Crónica personal de sesenta días de discordia: del Once de Septiembre al 9-N

Joan Tapia

¿España sin Cataluña?

Crónica personal de sesenta días de discordia:
del Once de Septiembre al 9-N

ediciones península

© Joan Tapia Nieto, 2015

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones
establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español
de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;
91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: febrero de 2015

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2015
Ediciones Península,
Pedro i Pons, 9-11, 11.ª pta.
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Víctor Igual - fotocomposición
Imprenta Egedsa - impresión
Depósito legal: B-24.903-2014
ISBN: 978-84-9942-378-4

ÍNDICE

Nota explicativa 11

Jueves, 11 de septiembre de 2014 15
Viernes, 12 de septiembre de 2014 22
Sábado, 13 de septiembre de 2014 27
Domingo, 14 de septiembre de 2014 33
Lunes, 15 de septiembre de 2014 38
Martes, 16 de septiembre de 2014 43
Miércoles, 17 de septiembre de 2014 47
Jueves, 18 de septiembre de 2014 54
Viernes, 19 de septiembre de 2014 59
Sábado 20 y domingo 21 de septiembre de 2014 61
Lunes, 22 de septiembre de 2014 65
Martes, 23 de septiembre de 2014 69
Miércoles, 24 de septiembre de 2014 74
Jueves, 25 de septiembre de 2014 79
Viernes, 26 de septiembre de 2014 83
Sábado, 27 de septiembre de 2014 88
Domingo, 28 de septiembre de 2014 92
Lunes, 29 de septiembre de 2014 95
Martes, 30 de septiembre de 2014 101
Miércoles, 1 de octubre de 2014 104
Jueves, 2 de octubre de 2014 111
Viernes, 3 de octubre de 2014 114
Sábado, 4 de octubre de 2014 117

Domingo, 5 de octubre de 2014 122
Lunes, 6 de octubre de 2014 127
Martes, 7 de octubre de 2014 130
Miércoles, 8 de octubre de 2014 133
Jueves, 9 de octubre de 2014 139
Viernes, 10 de octubre de 2014 143
Sábado, 11 de octubre de 2014 146
Domingo, 12 de octubre de 2014 152
Lunes, 13 de octubre de 2014 155
Martes, 14 de octubre de 2014 158
Miércoles, 15 de octubre de 2014 162
Jueves, 16 de octubre de 2014 164
Viernes 17 de octubre de 2014 170
Sábado, 18 de octubre de 2014 175
Domingo, 19 de octubre de 2014 179
Lunes, 20 de octubre de 2014 183
Martes 21 y miércoles 22 de octubre de 2014 190
Jueves, 23 de octubre de 2014 196
Viernes, 24 de octubre de 2014 199
Sábado 25 y domingo 26 de octubre de 2014 204
Lunes 27 y martes 28 de octubre de 2014 207
Miércoles, 29 de octubre de 2014 215
Jueves, 30 de octubre de 2014 222
Viernes, 31 de octubre de 2014 229
Sábado, 1 de noviembre de 2014 234
Domingo, 2 de noviembre de 2014 239
Lunes, 3 de noviembre de 2014 243
Martes, 4 de noviembre de 2014 247
Miércoles, 5 de noviembre de 2014 253
Jueves, 6 de noviembre de 2014 260
Viernes, 7 de noviembre de 2014 266
Sábado, 8 de noviembre de 2014 270
Domingo, 9 de noviembre de 2014 274

Paisaje después de la batalla 281
Índice onomástico 287

JUEVES, 11 DE SEPTIEMBRE DE 2014

¿Una manifestación de familias?

Anoche —no era consciente de qué fecha era— quedé en Santa Maria del Mar para dar un paseo antes de cenar. Pero al lado de Santa Maria del Mar está el Fossar de les Moreres, lugar emblemático de las celebraciones independentistas cada Once de Septiembre. La concentración de gente era impresionante. Hui hacia el Pla de Palau y vi que en la Llotja (el viejo edificio de la Cambra, la Cámara de Comercio e Industria) había bastantes coches oficiales. Era el acto institucional de la celebración del tricentenario de 1714 y un grupo, no muy numeroso, de ciudadanos, lo veían desde una gran pantalla de televisión frente al edificio de Correos.

Cantaba Maria del Mar Bonet, luego sonaba una pieza para violoncelo y más tarde distintos actores (Clara Segura, Pere Arquillué, Silvia Bel) recitaron fragmentos de poemas catalanes. En primera fila vi a Artur Mas, a su esposa, Helena Rakosnik, y al alcalde de Barcelona, Xavier Trias. Justo detrás de Mas, el cabezón de Oriol Junqueras y más tarde pude distinguir —en borrosos segundos planos— al nuevo líder del PSC, Miquel Iceta, y a Pere Navarro, su antecesor. No vi (no había) ningún representante del Partit Popular de Catalunya (PPC) ni de Ciutadans. Era un acto emotivo, patriótico —den-

tro de la Llotja los aplausos eran cerrados y en la calle más comedidos—, de un nacionalismo inflado, bastante exagerado. Cataluña conmemoraba la pérdida de su estatus anterior con exceso de impostación. Se pretendía transmitir que Cataluña era un país que, tras muchos años de oscuridad, estaba celebrando haber recuperado su libertad. Me pareció la escenificación de una Cataluña sublimada que seguramente es como la ven hoy muchos catalanes. Pero la exageración era tan evidente que restaba emoción.

Artur Mas ya debía de haber ido antes al Fossar de les Moreres. Es el primer presidente de la Generalitat recuperada que va a un acto de la liturgia independentista extrema. En la reunión del comité editorial de *El Periódico* del martes alguien dijo que un año Josep Lluís Carod-Rovira, líder de la ERC de los primeros 2000 y bestia negra del nacionalismo español en la época de Zapatero, fue abroncado y acusado de españolista. Hoy no he leído que Mas tuviera ningún problema.

Concierto de violoncelos

Esta mañana, a las ocho, trescientos violoncelos han tocado en la plaza Comercial, frente al Born (el antiguo mercado central reconvertido en centro cultural), una obra compuesta para la ocasión del compositor y pianista Albert Guinovart. No he ido, pero la crónica de Joan Barril en *El Periódico* asegura que flotó la imagen de Pau Casals y su famosa frase en la ONU, *«I'm a Catalan»*. Es una seña de identidad del catalanismo —ahora del independentismo—: acentuar los rasgos culturales y artísticos. Carmen Casas, la crítica gastronómica, me dijo luego por teléfono, impresionada, que la música era viva, electrizante. Los violoncelos rompiendo el silencio de una mañana festiva en una plaza adaptada de la Barcelona antigua.

A las diez de la mañana he ido a buscar los periódicos. En la Rambla de Catalunya ya había gente, mayoritariamente jó-

venes, con las camisetas rojas y amarillas que la Assemblea Nacional Catalana (ANC) ha recomendado llevar (se tenían que comprar) para formar una gran *senyera* en la gran V de 11 kilómetros que iba a cubrir la Diagonal y la Gran Via y que tenía que confluir en la antigua plaza de las Glorias Catalanas. Se palpaba que el ambiente iría creciendo y que la manifestación volvería a ser un gran éxito.

Poco antes de la cinco de la tarde —el gran momento tenía que ser a las 17.14— me acerqué a la Diagonal desde Consell de Cent por la Rambla de Catalunya (seis manzanas de l'Eixample, seiscientos metros). Casi no había nadie, sólo algunos turistas en las terrazas. En todas las calles laterales estaban aparcados grupos de autobuses que indicaban que sin lugar a dudas la afluencia de gente de los pueblos de la Cataluña interior (algunos dicen la Cataluña catalana porque la incidencia de la inmigración española de los cincuenta y los sesenta fue menor que en el área metropolitana de Barcelona) era muy abundante.

Todo cambió al llegar a la Diagonal. La calzada central (en obras) estaba llena a rebosar de gente con las camisetas amarillas y rojas. Por megafonía una voz decía que se estaba consiguiendo formar la gran *senyera* con algunos minutos de anticipación, pero que había que corregir algunas ubicaciones porque se corría el riesgo de formar no la *senyera* sino la bandera española, «*i no és el cas*» («no es eso de lo que se trata»). Fui subiendo unos doscientos metros hasta Enric Granados. En algún momento caminar por el lateral era muy lento por la afluencia de gente. Me encontré a Josep Ramoneda que preparaba su crónica para *El País*. Coincidimos en que había mucha gente... y por tercer año consecutivo. Luego vi a Rafael Nadal, más entusiasta pero preocupado por la poca disposición de ERC a hacer una lista conjunta para unas plebiscitarias adelantadas si no se podía celebrar la consulta. Los políticos no podían decepcionar a toda aquella multitud que por tercer año se manifestaba, exigía votar y quería la independencia (si se ganaba la consulta o las elecciones plebiscitarias, claro). El ambien-

te era festivo, reivindicativo, sí, pero nada agresivo. Mientras hablaba con Rafa Nadal, en la esquina de Enric Granados, un niño en brazos, de unos tres años, me estiraba la barba y buscaba complicidad hasta que su madre le llamó al orden.

Dos o tres manifestantes se acercaron a Rafa a felicitarle por sus intervenciones en el programa de Josep Cuní. Sorprendente el éxito de Cuní en una tele privada con poca audiencia tras haber sido el gran comunicador de Catalunya Ràdio y luego de *Els matins de TV3* (dominio convergente), tras un largo paréntesis en COM Ràdio (impulsada por la Diputación de Barcelona, entonces bastión socialista) y en Ona Catalana, del grupo Zeta. Quizás es que Cuní —lo conozco desde hace muchos años y nunca he sabido su inclinación política— siempre busca la discusión. Hay gente que lo critica y descalifica a sus muy diversos contertulios, pero es evidente que miran el programa. Y en estos primeros días de septiembre —quizás porque TV3 está mal y parece una máquina de propaganda— tiene audiencias que superan el 10%.

Sobre las seis de la tarde la gente empieza a retirarse y vuelvo hacia casa por Enric Granados y luego Rambla de Catalunya. Comento con Rafa la poca agresividad de la manifestación, el aire festivo. Me dice que es debido a la gran presencia de familias y niños. Una manifestación de hombres, o de hombres y algunas mujeres muy militantes, tiende a la agresividad, como pasa en los campos de fútbol ingleses. Por el contrario, estas tres manifestaciones catalanas se han caracterizado por ser casi concentraciones familiares, y la presencia de niños y familias cambia las cosas. Llego a casa a las siete de la tarde, tengo dos horas para escribir el billete de *El Periódico* antes de ir a una cena convocada por Carmen Casas para hacer balance de la jornada. Somos menos de los previstos y el ambiente es relajado y de esperanza por la manifestación. Descubro que soy el más escéptico.

¿Cuándo empezó el proceso?

La gran manifestación independentista de 2012 (superior en número de asistentes pero menos agresiva que la de 2010 de protesta contra la sentencia del Estatuto) pudo ser juzgada como un movimiento de protesta muy plural e incluso algo confuso. Una amiga que fue me dijo que en las elecciones siguientes había votado a Ciutadans. Pero la Via Catalana de 2013 y la V de este año han estado organizadas y preparadas por la ANC, un movimiento independentista, más prepolítico que transversal, y con la ayuda de la Generalitat convergente y de TV3. Hay apoyo oficialista, por descontado, pero también hay un movimiento de fondo que no se puede ignorar. Los que en 2010, antes de la sentencia del Estatuto, decían en las encuestas del Centre d'Estudis d'Opinió de la Generalitat (CEO) que eran partidarios de un Estado independiente estaban en el entorno del 20%. Ahora superan el 40%. Y más de dos terceras partes de los catalanes son partidarios de la consulta. Claro que, como decía Alfredo Pérez Rubalcaba —un gran político más táctico que estratégico—, la consulta, «como fórmula de marketing, es imbatible». ¿Quién se atreve a verbalizar que no quiere que se le consulte algo que parece decisivo para el futuro del país?

¿Qué ha reunido al millón de manifestantes? El Ayuntamiento de Barcelona convergente dice 1.800.000 personas, el Estado habla de algo más de 500.000. A ambos hay que aplicarles el factor 2. Para dividir o para multiplicar pero siempre el factor 2. O sea, en el entorno del millón. Es irrelevante que sean unas decenas de miles más o menos que en 2012 y 2013, lo decisivo es que es el tercer año consecutivo. En primer lugar creo que les reúne la protesta contra la sentencia del Estatuto. Pero no sólo contra la sentencia, sino también —y quizás todavía más— contra el tono agresivo y enemigo manifestado por el Partido Popular (PP) y la prensa española de derechas y la displicencia del Partido Socialista Obrero Español (PSOE)

(aquel estúpido «lo hemos cepillado bien» de Alfonso Guerra sobre el Estatuto). Y la gran manipulación del Tribunal Constitucional (cuatro años para dictar una sentencia) anulando artículos similares a los que ni fueron recurridos de los Estatutos de Andalucía (PSOE) y Valencia (PP). Además de la recusación de Pérez Tremps, los manejos de Federico Trillo (un amigo abogado me dijo que el gran fallo del PSOE había sido no contratar a Trillo como abogado mercenario)... Y, claro, el lavarse las manos de Zapatero.

Todo ello desembocó —fracasado el sueño maragalliano y hasta cierto punto pujoliano de una España próspera y cada vez más plural en la que Cataluña fuera cada día más libre— en el «derecho a decidir», la hábil fórmula (preindependentista) de Artur Mas en las elecciones de 2010 en las que derrota al tripartito. La fórmula con la que Convergència i Unió (CiU) salva —y vuelve contra el PSC— la sentencia del Estatuto que Artur Mas pactó con Zapatero y uno de cuyos objetivos (tanto de Artur Mas como de Zapatero) era echar a ERC de la Generalitat, para lo cual convenía que ERC (a la que no se dio nada tras el pacto Zapatero-Mas) se declarara contraria al Estatuto. Y del derecho a decidir vino la exigencia de la consulta.

Pero consulta para qué. Para quedarse igual nadie pide una consulta. ¿Para modificar la relación entre Cataluña y España? ¿Para lograr la independencia? La consulta lo permite todo, pero es evidente que si los políticos que defienden la consulta no proponen una nueva relación con España y dejan esa oferta a Madrid lo que están buscando realmente —con más o menos subterfugios— es la independencia. Y este mensaje es por el que de alguna forma —con determinación pero también con confusión— apuestan los manifestantes. Cómo se consigue la independencia es otra cosa. El mensaje es que la independencia será sin dolor. Gratis. Y cuando hace unos meses Junqueras tuvo la honradez de decir que la independencia tendría un coste y que quizás habría que paralizar unos días la economía catalana, todo el mundo independentista biempensante se le

volvió en contra y tuvo que rectificar con rapidez. ¿Cómo se atrevía Junqueras a poner en duda la ilusión de muchos catalanes de que la independencia sería fácil y gratis y de que «fueron felices y comieron perdices»?